

843

B.



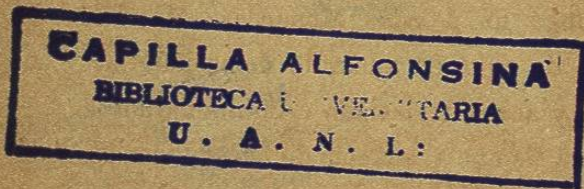
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ2193

B7

S98

Es propiedad. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

La Sra. Vitel y la Srta. Lelievre.

I

Reunidos en el salón de Marcela de Baud, y sentados cerca de ella, Didier de Prades, Jorge Saire y su esposa Lucila, habían pasado la noche enterándose del manuscrito que les había entregado el prefecto de policía.

Quedáronse atónitos al leer las últimas palabras escritas por Carmen Lelievre: «Pongo fin á estas Memorias. Mi vida será de aquí en adelante demasiado activa y acaso demasiado criminal para que tenga tiempo y audacia de hacer todos los días confesión general.»

* El episodio que antecede lleva por título *Las Bañistas de Trouville*.

—No están terminadas sin embargo— dijo Lucila, que hojeaba aquellos papeles sobre los cuales nadie había puesto aún los ojos.—Las revelaciones de esta horrible mujer continúan aún. Habla de su entrada en casa de la marquesa de Tourves, donde su amiga, Lucrecia Vitel, había conseguido colocarla, como ella la había dicho, al cabo de un mes.

—Nada más sencillo—replicó Jorge.— «Si el vino sabe á pez, beber otra vez», dice el refrán; lo mismo puede decirse de Carmen Lelievre; no ha podido resistir al placer de referir sus infamias. ¿Pero pensaba utilizar este trabajo enviándole á sus víctimas?

Mientras Jorge hablaba, Didier se había apoderado del segundo manuscrito y le recorría con avidez, esperando encontrar algún indicio respecto á su hija.

—Estas páginas—dijo continuando la

lectura—no están redactadas de la misma manera que las primeras. No se trata ya de una confesión regular, día por día, son notas esparcidas sin orden.

—Poco importa—replicó Jorge;—leámoslas si queremos tener informes seguros. No tenemos duda ninguno de nosotros de que Carmen Lelievre, para vengarse de Didier, después de haberle perseguido como artista, le ha herido como padre. No tenemos tampoco necesidad de que ella nos lo diga; lo adivinamos, lo sabemos. Pero conviene estar al corriente de los menores detalles de su vida. Esas notas pueden servirnos de mucho en nuestras pesquisas. El prefecto de policía lo ha comprendido del mismo modo, y casi os ha impuesto la obligación de leerlas antes de volver á verle.

—Son ya las ocho—replicó Marcela,—nuestra audiencia es á las diez, no tene-

mos tiempo para leer ese segundo cuaderno con la atención debida. Y además, me da lástima de vosotros—añadió apretando las manos de Lucila y de Jorge;—debéis estar rendidos de cansancio. Volveos á vuestra casa, allí iremos á buscaros en cuanto veamos al prefecto.

—Marcela—replicó Lucila,—es la tercera proposición de esa especie que me haces, y la rechazo con tanta fuerza como las anteriores. He pasado en mi vida muchas noches entregada á las diversiones, al placer, para que no pueda pasar una al lado de unos amigos que sufren. Además quiero á nuestra pobre Luisa como si fuese hija mía, y he de hacer cuanto pueda por encontrarla. Continuemos, y, por favor, no te ocupes más de nosotros.

Jorge, para dar testimonio de ser del mismo parecer que su esposa, había cogido el manuscrito y se preparaba á leerle en

voz alta, cuando sonó la campanilla de la puerta de entrada.

—Una carta sin duda—dijo con emoción Marcela, levantándose.—Es hora de repartir el correo, y puede ser...

—Me habéis prometido tener calma—dijo Jorge, obligándola á sentarse.

La criada entró y dijo:

—Un hombre desea hablar con la señora.

—¿Cómo se llama?—preguntó Jorge, que contuvo á Marcela, dispuesta de nuevo á levantarse.

—Dice que no le conocen, pero que alguien de aquí ha estado esta noche en su casa á darle dinero para su hija, que está enferma.

—¡Ah!—dijo Jorge asombrado;—¿qué querrá?

Reflexionó un instante y volviéndose hacia Marcela, dijo:

—Creo que debemos recibirle. ¿Me dáis permiso para que entre aquí?

—¡Ya lo creo!—respondió Marcela con ansiedad.

—Pero no tenemos tiempo que perder—añadió Lucila.

—Sí, ciertas sospechas que os he comunicado se confirman—replicó Jorge con viveza;—la persona en cuestión puede servirnos de mucho para abreviar la lectura de esas notas.

Mientras hablaba se había dirigido hacia la puerta y había dicho á Richard que pasase.

Este saludó á todos, que le miraban con curiosidad, y dirigiéndose á Jorge, que le había llevado hacia una ventana, le dijo con voz conmovida:

—Señor, al portaros esta noche conmigo tan generosamente, me contenté con agradeceróslo en nombre de mi hija Jua-

na. Pero después de marcharos me he reprochado mi proceder.

—¿Por qué?—preguntó Jorge.

—Debía haberos ofrecido mis servicios. Buscáis una niña; ¿no podía yo ayudaros á encontrarla? ¡Oh! caballero, os lo pido por favor, dejadme que una mis esfuerzos á los vuestros. Haced de mí lo que queráis; empleadme en lo que os parezca útil, os obedeceré en todo. Iré donde me digáis que vaya; recorreré todas las calles, todas las casas, todas las madrigueras. Me habéis devuelto mi hija; permitidme confiar que podré devolveros la vuestra, ó más bien la de las personas á quienes queréis tanto.... Mi Juanita tiene menos fiebre desde esta mañana, habéis llevado la alegría á mi casa; se la he confiado á una vecina, que cuidará de ella, y os pertenezco en cuerpo y alma.

Marcela no había perdido de vista á

Richard desde que entró; había estudiado su fisonomía, oído sus últimas palabras, y, obedeciendo á un impulso irresistible, se dirigió á él y exclamó:

—Yo soy la madre de la niña robada. ¡Tengo confianza en vos, y acepto vuestros ofrecimientos!

—Os lo agradezco mucho, señora—replicó sencillamente Richard.

Para ocultar su emoción, se volvió hacia Jorge y añadió:

—Cuando pienso, caballero, que esta noche, en vez de ocuparnos de la niña cuya pérdida lloráis, os he entretenido tanto hablándoos de mí, siento remordimientos. En vez de deciros, como ahora lo he hecho, «Os ayudaré en vuestras pesquisas», me atreví á pedirlos que buscáseis á otra persona, á la que me dejó solo después de mi enfermedad, á esa madre que reniega de su hija.

Jorge miró á Richard y le dijo:

—Tenéis razón en quererla hallar. Es á la que buscamos también nosotros. Después de haceros traición y abandonaros, después de olvidarse por completo de su hija, nos ha robado la nuestra.

—¡La vuestra!—exclamó Richard.

Jorge, sin responderle, le llevó hacia la mesa, y poniendo en sus manos las Memorias de Carmen, le dijo:

—Mirad.

—Es mi letra—exclamó Richard después de un rápido examen,—es el manuscrito que me dió á copiar, por encargo de una amiga suya literata, según decía.

—Pues era por encargo suyo—replicó Jorge,—son sus Memorias. Cómo, ¿no lo habéis comprendido por el retrato que hace de sí misma?

—¿Dónde está ese retrato?—preguntó Richard.

—Aquí—dijo Jorge indicándosele con el dedo.

—No he copiado yo este párrafo—dijo Richard.—Mirad la diferencia que hay, vos no os habéis apercibido de ello; pero á mí no se me podía escapar.

—Es verdad. Todo se explica entonces. Por prudencia, y para que no conociérais que era ella, no os ha entregado ciertas páginas de su manuserito.

—¿Y esta segunda parte?—preguntó Lucila, presentando á Richard la continuación de las Memorias de Carmen,—¿la habéis escrito vos?

La hojeó rápidamente y contestó:

—No, señora; estas notas por separado, estas reflexiones, no son de mi letra; el principio tan sólo es de mi mano. ¡Sí, sí, me acuerdo!... ¡la marquesa de Tourves!... ¡la señora de Roizel! Esos nombres me son familiares, los veo de nuevo, y me

parece estarlos escribiendo. ¡Y yo creía que copiaba una novela!

—¡Ay! escribáis una historia, una triste historia—replicó Jorge.—¿Os acordáis de las aventuras ocurridas á esas dos mujeres que acabáis de nombrar?

—Sí, casi por completo. Me llamaron la atención.

—Si nos las contaseis en breves palabras, ahorraríamos un tiempo precioso. Además podéis consultar esas notas, y os ayudarán á recordarlas.

—Trataré de hacerlo.

Mientras Richard leía rápidamente, á fin de tomar la embocadura á su narración, las primeras páginas del manuserito, Jorge le dijo:

—Las Memorias que leéis en este momento son las de la persona que habéis conocido tanto sin saber su verdadero nombre, que es el de Carmen Lelievre.

Podéis, pues, saber ahí sus condiciones y cualidades.

.....

Dejaremos á Richard que hable; añadiendo tan sólo á su narración, muy extractada, detalles interesantes tomados de esos papeles que hemos tenido á nuestra disposición.

II

El hotel de la marquesa de Tourves, en el que Carmen Lelievre debía dedicarse á sus nuevas hazañas, está situado hacia la mitad de uno de los magníficos *boulevares* que se hicieron en la época del Imperio. Abre sus puertas de entrada directamente sobre la vía pública, sin tener delante patio ni jardín que le separe

de ella, y linda por la derecha con un hotel particular, y por la izquierda con una casa de cuatro pisos, que se escapó á las demoliciones allí hechas y que parece estar asustada de verse en aquel barrio elegante, después de haber vivido tanto tiempo en una de las antiguas calles borradas del plano de París por el barón Haussmann.

Las habitaciones principales, destinadas á las recepciones, que ocupan todo el entresuelo, son vastos y de una ornamentación severa y fría. Los muebles datan de la época de la Restauración, y cansan la vista por la regularidad de sus líneas. Las butacas y los sofás no tienen ni la gracia, que tanto se apreciaba en tiempo de Luis XVI, ni el *confort* de nuestros asientos modernos. Los numerosos cuadros que penden de sus muros pertenecen á la escuela española, que no blasona de